

ser para ella, muy triste, vivir en un país donde las leyes eran impotentes á vengar el asesinato de su esposo; no menos triste acaso verse obligada á defender celosamente la memoria de aquel que ni fué un modelo de virtudes, ni á ella le causó nunca mas que amargos sinsabores durante su vida.

Siguiendo los costumbres de su época, Valentina tenia un blason personal además del de familia, un símbolo gráfico, por decirlo así, de su pensamiento y tendencias, y ese era una *Regadera deshilando lágrimas*, en cuyo orificio se via la letra emblemática *S*, inicial y resumen de las palabras latinas: « *Solam sepe seipsam sollicitari suspirareque* (Sola frecuentemente, á sí propia se mueve á dolor y llanto), con esta tiernamente desesperada divisa: » *Nil mihi præterea; præterea nil mihi!* (Nada hay para mí en adelante: En adelante para mí todo es nada). En ese blason está todo el carácter de la muger: no nos asombremos pues que en aquella época de crímenes, haya la historia respetado el nombre de Valentina; porque respeto merece, respeto y homenaje para la posteridad, la esposa que tan profundo dolor expresa y siente por la pérdida de un marido infiel.

Momentos antes de espirar llamó Valentina al pié de su lecho mortuario á sus propios hijos, y al bastardo Juan, nacido de la Dama de Cauny, y que bajo el nombre de Dunois debia ser luego el salvador de la Francia. A todos ellos, mas al bastardo principalmente, lególes la venganza de la muerte de su padre, sentimiento que no la abandonó un solo instante hasta perder la vida.

Su primogénito, el Duque de Orleans, heredó de su madre la desdicha, apenas compensada con breves ráfagas de pasagera gloria.

AUGUSTO DE GENRUPT.

SAFO.



RONTERA á Scyros, cuna de Aquiles y tumba de Teseo; entre Chio que se alaba de ser patria de Homero, y Lemnos que es asiento de las fraguas de Vulcano; separada, en fin de la Eólida por un reducido estrecho, á levante y mediodía; yace al norte del país de Troya, la isla de Lesbos (hoy llamada Metelina) célebre desde la mas remota antigüedad, tanto por la exquisita calidad de sus vinos, como por la belleza de sus moradores, hábiles además, segun la fama, en el arte música.

Decíase que por la noche y sin que se supiera su procedencia, hacíanse oír en alas de la brisa, por toda la tierra de Lesbos, las mágicas indistintas armonías aun llamadas Eólicas, del país de donde el viento partía, y que la antigüedad explicaba á su manera, como todos los fenómenos de la naturaleza; con la ingeniosa fábula que á referir vamos. Para explicar pues las eólicas armonías, como la melodiosa estatua de Memnon habian explicado, decían los Griegos que, cuando las Bacantes de Tracia hicieron pedazos á Orfeo, arrojaron su lira y su cabeza al rio Hebro, cuya corriente las llevó á las ondas del mar Egeo, que á su vez arrastrólas hasta las costas

de Lesbos : por manera que los vagos armónicos acentos que durante la callada noche se dejaban oír en las playas de Mytilene y en los valles de Arisba, no eran otra cosa mas que las vibraciones de la lira y los suspiros de los yertos labios del infeliz esposo de Euridice.

Como quiera que fuese, en Lesbos nacieron, antes de la era cristiana, Arion seiscientos veinte años, Alceo seiscientos dieziseis, y *Safo* (en griego *Sappho*) seiscientos doce, los dos primeros en Methymnea, y la última en Mytilene. — Hijo de Neptuno y de la ninfa Oncea, Arion, inventor del Dytirambo, dejó á Lesbos por Corinto y establecióse en la corte de Periandro, filósofo y tirano á un tiempo, condiciones incompatibles en nuestros días, mas para los antiguos fácilmente conciliables. Siguiendo á Periandro visitó Arion la Sicilia y continente italiano, donde se detuvo solo al regresar su protector á Corinto, dando conciertos que le reportaron honra y provecho en abundancia ; porque los artistas, y sobre todo los del mérito de Arion, andaban mas escasos en aquella época que en la nuestra, y sin embargo sabido es lo que su habilidad reporta á los Litz, los Rubini, y otros de igual altura. Cargado estaba de oro y laureles, cuando llegó para él aquella hora que á todos nos coge mas tarde ó mas temprano, de suspirar por patria y reposo, por el tranquilo goce, en fin, del fruto de nuestro trabajo ; y en efecto, fletando un bajel — no sabemos si en Sibaris ó en Siracusa — zarpó para Corinto, porque deseaba decirle adios al paso á su amigo el tirano Periandro, entonces en sosegar ciertos alborotos por su hijo promovidos, seriamente ocupado. — Mas confiado como todo artista, y poco prudente como suelen serlo los dichosos, hizo tal ostentacion de sus tesoros, ponderó con tal extremo sus riquezas durante la travesía, que excitando la codicia de la tripulacion, en realidad corsaria y desalmada, aunque en la apariencia mercante y honrada, que capitan y marineros de comun acuerdo resolvieron darle muerte para apoderarse de cuanto consigo llevaba.

Poco tardó el aspecto de los piratas en revelarles el peligro que le amenazaba : mas en vez de amilanarse, pidióles resuelto explicaciones, y ellos naturalmente francos, diéronselas sin dificultad y con llaneza, advirtiéndole que le quedaban diez minutos de vida, ni mas ni menos. Oída su sentencia, Arion suplicó que aquellos diez minutos se le dejaran emplear

á su antojo ; y como ni la petición pareció en sí exorbitante, ni en alta mar era de temer que la víctima se les fuese de entre las manos, los bandidos se mostraron generosos otorgando al músico la gracia que pedia. Usando del condescendiente permiso, Arion ciñóse á las sienas una corona de laurel de oro que le habian dado en Siracusa, y con su lira en la mano, subió á la popa del bajel, como á un teatro pudiera. — El Tebano Anfion, segun le habian dicho en Corinto, erigió las murallas de su nativa ciudad sin otra máquina que las armonías de su lira, y si aquel pudo hacer dóciles las piedras ¿porqué no habia él (Arion) de conmover humanos corazones ?

Animado, pues, por la esperanza ó el deseo de salvar la vida, Arion, abandonándose á la inspiracion del estro, y volviendo los ojos del espíritu á sus primeros años, cantó, improvisándolo, un himno de despedida propio de quien muere ausente de la madre patria, y sabe como gran poeta expresar sus sentimientos. Methymnea y su templo á Neptuno, Sigrio y su promontorio, Pyrra y su golfo, Arisba y sus montañas ; el arroyo que murmura, el aura que suspira, la nubé que pasa, todo lo tuvo presente, de todo se despidió, reservando su postrer aliento para decirles adios á su madre y á su amada, el último acorde de su lira para consagrárselo al rubio Apolo... ¡Inútil elocuencia, vanos prodigios del arte! los tigres codiciosos de su presa cerrando los oídos, permanecian inflexibles ; y Arion advirtiéndolo, invoca por última vez al númen de la armonía, y abrazado con su lira arrójase á la mar desesperado... Multitud de delfines por el encanto de la música atraídos rodeaban felizmente el bajel ; y al caer Arion en medio de ellos, ofrecióle uno su lomo, sobre el cual, como sobre un flotante trono sentado, aportó el prodigioso cantor al cabo Tenario.

Como era de noche cuando ocurrió el prodigio, creyeron naturalmente los piratas que su víctima habia perecido en las olas, y siguieron tranquilamente su derrotero, mientras que Arion, atravesando toda la Laconia y toda la Argólide, llegaba á Corinto y referia á su antiguo amigo la aventura del salvador delfin. En verdad el suceso no era en sí verosímil ; y Periandro, que en su cualidad de filósofo se negó á creerlo, usando de sus derechos de Tirano, mandó prender á Arion, sin duda para enseñarle á componer en lo sucesivo con mayor verosimilitud.

En tanto los piratas, por una tempestad arrojados á las costas del Peloponeso, esparcieron ellos mismos en Corinto la noticia de la muerte de Arion, diciendo que durante una serena noche, el gran poeta, distraido como lo son todos los poetas grandes y pequeños, habiase asomado con tan poca precaucion á la borda del bajel, que, perdiendo el equilibrio, cayó al mar, sin que fuera posible salvarle vivo, ni recoger su cadáver por mas esfuerzos que para ello se hicieron. Periandro entonces, comenzando á dar crédito al relato de Arion, hizo comparecer ante sí al capitán pirata, quien repitió imperturbable la fábula que dejamos referida: mas en el instante en que bajo juramento afirmaba la verdad de sus palabras, Arion presentándosele como el *Deus ex machina* que desenlaza los antiguos dramas, sobrecogióle de tan invencible temor, que aterrado y confuso, reveló en el acto su crimen y el de sus compañeros.

Periandro, prévia restitucion al poeta de todas sus riquezas, hizo crucificar á los piratas; y Arion justamente agradecido al filarmónico delphin que le salvó la vida, hizole erigir una estatua en el parage mismo del cabo Tenario, donde puso la planta al terminar su maravillosa navegacion.

De las composiciones de Arion, dos solas, y esas ambas dudosas, han llegado á nosotros: una el himno de accion de gracias que se le atribuye en la coleccion de Brunck; y otra un fragmento lirico que se encuentra en Etieno.

Tratemos ya de Alceo, nacido, segun dijimos, en Mytilene lo mismo que Safo, y que sabemos vivia en la olimpiada cuadragésima cuarta.

Lesbos era entonces regida, como Corinto, por un Tirano filósofo, ó filósofo Tirano, si se quiere, llamado Pitaco. Alceo, que á fuer de poeta, era tan poco amigo de filósofos como de tiranos, escribió contra Pitaco, que le desterró por ende, unos versos que Horacio llama « *Alcæi minaces Carmænæ* » (amenazadores versos de Alceo), y de cuyo sentido, aunque en prosa humilde procuraremos dar idea (1).

(1) El autor traduce aquí en versos franceses los de Alceo; y hame parecido que para traduccion de traduccion no valia la pena de que yo tambien empleara el metro, siendo, como por desdicha soy, incapaz de interpretar directamente el original griego. Por iguales consideraciones que abstendré de la traduccion en verso de las composiciones de Safo que mas adelante se citan.

(N. del T.)

« Ocultaré mi acero, bajo el amante mirto: como lo hicieron Harmodio y Aristogiton. — ¡Oh santa igualdad! — iré en pos de tus caras ilusiones, procurando inscribir mi nombre á par de los suyos. — No sois muertos, no, generosos mártires: la tierra os posee todavía aunque en extranjero suelo; y morais con el valeroso Diómedes, y con el hijo de Tetis, Aquiles el de la ligera planta. — Adore el mundo vuestra gloria, noble Aristogiton, valeroso Harmodio, que con vuestra sangre sellásteis la sacra alianza de las leyes equitativas con las santas virtudes. »

Desdichadamente Alceo, mas poeta que soldado, no supo imitar el ejemplo de los dos héroes cuya gloria cantaba; pues si bien, emigrado, llegó á suscitarle una guerra á Pitaco, en el primer encuentro de ella huyó cobarde, sin que tal flaqueza le aprovechara siquiera para no ser prisionero. Perdonóle Pitaco; y acaso sus contemporáneos y la posteridad le perdonaran tambien su primera flaqueza de soldado en gracia de su gran genio poético, si luego en una guerra contra los Atenienses, no hubiea vuelto á huir, arrojando para hacerlo mas de prisa espada y escudo, de que los vencedores hicieron trofeo en el templo de Minerva en Atenas.

Quinientos años mas tarde, Horacio se mostró tan mal soldado como Alceo; lo cual no estorba que ambos fuesen dos grandes poetas, y que los versos del segundo ofrezcan en su espléndida sencillez, y numerosa rotundidad, cierto carácter de analogía con los del divino Homero.

Ya dijimos que Horacio los llamaba *amenazadores*, y no estará de mas añadir que en otro lugar escribe de ellos:

« Et te sonantem plenius aureo,
Alcæe, plectro. »

« Y tú, Alceo, que haces resonar tu plectro tan sonoramente con el arco de oro. »

Conocemos ya al poeta que nos ocupa, cuando atacaba á los Tiranos, y la libertad glorificaba: oigámosle ahora cantando á Baco: « Bebamos, amigos, bebamos antes que llegue la hora sombría en que las manos de los esclavos encienden las antorchas. Yo prefiero la luz del dia á las sombras de la noche, como la pradera esmaltada de flores, al frio mármol